

Florencio Sánchez

Vol. 1



cartas de un flojo

el caudillaje criminal
en sud américa

el teatro nacional



biblioteca escritores uruguayos

3/95

g. tg

C14

Alicia Garcia
1975

BIBLIOTECA
ESCRITORES URUGUAYOS

DIRECTOR
NICOLAS FUSCO SANSONE



Volumen I

FLORENCIO SANCHEZ

- Cartas de un flojo.
- El caudillaje criminal en Sud América.
- El teatro nacional.



LA VIÑETA DE LA COLECCION **BIBLIOTECA**
ESCRITORES URUGUAYOS ES DEL NOBLE
ARTISTA ADOLFO PASTOR.



El 1er. vol. se terminó de imprimir
en Montevideo el 15 de diciembre
de 1962 en los talleres gráficos de
la editorial Florensa y Lafón

FLORENCIO SANCHEZ

Nace en Montevideo el 17 de
Enero de 1875

Muere en Milán (Italia)
el 7 de Noviembre de 1910



MI TESTAMENTO

Si yo muero, cosa difícil, dado mi amor a la vida, muero porque he resuelto morir. La única dificultad que no he sabido vencer en mi vida ha sido la de vivir. Por lo demás, si algo puede la voluntad de quien no ha podido tenerla, dispongo: primero, que no haya entierro; segundo, que no haya luto; tercero, que mi cadáver sea llevado sin ruido y con olor a la Asistencia Pública, y de allí a la Morgue. Sería para mí un honor único que un estudiante de medicina fundara su saber provechoso para la humanidad en la disección de cualquiera de mis músculos.

Florencio Sánchez

Por decisión del Dr. Baltasar Brum, Presidente del Uruguay, — permanente símbolo del Heroísmo Civil de la Democracia de América — en 1920 se repatriaron los restos de Florencio Sánchez que llegan a Montevideo el 21 de enero de 1921.

La posteridad los alberga, en señal de honra y descanso, en el Panteón Nacional.

FLORENCIO SANCHEZ

- # Cartas de un Flojo.
- # El caudillaje criminal en Sud América.
- # El Teatro Nacional.



MONTEVIDEO

1962

AUTOGRAFO

No será difícil que una vez que este
me aquí regrese a Montevideo Batlle
con quien he pasado quince días de
continuo contacto me ha dicho que
me necesita y que debo marcharme
sino con él cuando inicie su gobierno.
El hombre ha tomado un buen camote
conmigo y en cuanto a mi me siento
realmente entusiasmado. Creo que
hará una gran presidencia.

No será difícil que una vez que estrene aquí regrese a Montevideo. Batlle con quien he pasado quince días de continuo contacto me ha dicho que me necesita y que debo marcharme sino con él cuando inicie su gobierno. El hombre ha tomado un buen camote conmigo y en cuanto a mi me siento realmente entusiasmado. Creo que hará una gran presidencia.

Fragmento de una carta de Florencio Sánchez, fechada en Milán.

Cartas de un Flojo

LAS CARTAS DE UN FLOJO se publican el 24 de setiembre, el 8 de octubre y el 16 del mismo mes del año 1900 en "EL SOL" de Buenos Aires, semanario en forma de cuadernos de arte y letras, dirigido por Alberto Ghirardo. Luego, a fines de 1900, fueron leídas por Florencio Sánchez en el Centro Internacional de Estudios Sociales de Montevideo.

I

¡ORIENTALES Y BASTA!

Mi querido amigo:

Mucha paciencia te pido y que conserves quedas las manos y la lengua. Si no te sientes con fuerzas para hacerme esa concesión renuncia a leer estas líneas, rómpelas y hazte la cuenta de que como tantas otras, he dejado sin respuesta la última tuya. Porque si tanto te ha mortificado mi anterior apreciación acerca de los orientales, tus compatriotas —y los míos, si el hecho de nacer y educarme en la pintoresca Montevideo determina tal afinidad, de lo cual no estoy muy convencido,— me imagino el efecto que las verdades de a puño que aquí pienso estampar, te producirán, y me asalta el temor de que me sueltes, a pedirme cuenta de mi osadía, a ese charrúa que tienes adentro, y que parece haberse parapetado en el espíritu de la mayoría de los orientales, desalojado de los breñales del terruño, para asestar a la Conquista sus últimos tiros de boleadoras.

Es cierto que fué bastante hiperbólico mi calificativo de suizos a los orientales, pero sujeta al indio, y óyeme.

Si me contabas con gran alborozo que en el ejército conquistador de la China formaban varios orientales, que otros compatriotas peleaban heroicamente al lado de Krüger, y que hasta en la revolución colombiana un

hijo de Montevideo mantenía bien alto el pabellón de las nueve listas, echando a vuelo las campanas de tu recojido ante la inmensa honra que estos hechos reflejan sobre la pequeña tierra uruguaya ¿cómo no apagar tus entusiasmos? ¿Cómo no llamarte al orden, poniendo las cosas en su lugar para hacerte comprender que la exportación de semejantes productos desacredita una plaza; que nada ganamos con que en Transvaal o en Colombia o en la China se sepa que los orientales, —si es que por tales y no por americanos como ha de suceder, distingúense esos aventureros,— son más o menos arrojados, y por último, que es triste, muy triste, que un país quiera imponer a la consideración humana la más inútil, la más despreciable, la más estúpida de las funciones orgánicas de sus habitantes?

¿He dicho un país? Y lo sostengo, puesto que no se me ha de negar que así como un pueblo vive orgulloso con la producción cerebral de sus hijos o la excelencia de sus manufacturas, la vanidad nacional uruguaya más que sobre otra cosa, se afirma en el desamor al pellejo de los descendientes de Artigas y Goyo Suárez.

Por aquí se dice: "Orientales y basta", y ahí ustedes se llenan la boca con la frase. ¡"Orientales y basta"! Ya se sabe que a patriotas y guapos, nadie les pisa el poncho. Sobre todo a guapos. Se les podrá negar cualquier otra condición, sin que se ofendan mayormente, pero al que se atreva a decir que tienen el cuero para negocio, si no le demuestran prácticamente lo contrario, a puñetazo limpio, para convencerlo de su crasísimo error, le paran un rodeo con los bravos 33, y los defensores de Paysandú, y los mártires de Quinteros, y los hermanos Valiente y cuantos Juanes, Pedros o Diegos han sido héroes y víctimas de las centenas de jornadas sangrientas que han saturado el espíritu nacional de tan belicosas gallardías.

El calificativo de flojo tiene mayor fuerza denigrativa entre los orientales que en cualquier otra parte del mundo. Es menos despreciable un ratero que un mau-la. Fulano podría ser inteligente, pero no ha peleado nunca ni siquiera ha estado en una patriada. En cambio a Zutano el fragor del combate le vigorizó el cerebro, y el olor a sangre humana le despejó el espíritu. Lo recibió bruto y nos lo devolvió casi un sabio la guerra.

Cierta vez dos escritores se trabaron en agria polémica por si uno se había portado mejor que el otro en tal batalla. ¿Los recuerdas? Daniel Muñoz y Eugenio Garzón. Pujaban por su reputación intelectual.

De los periodistas. Fulano es el mejor porque insulta y se queda en guardia blandiendo la hoja de su facón veterano. Zutano, que vierte ideas sobre el papel sin agresivos desplantes... Zutano, es un "poroto". Y de los hombres públicos son líricos, sino desvergonzados y camanduleros, los que predicán la fraternidad, y avezados estadistas, aquéllos que pueden ostentar en sus cuerpos mayor número de melladuras y cicatrices ganadas en las cuchillas de la patria. ¡Oh, las cuchillas de la patria!

Me atrevo a afirmar que hoy hemos menester bañar en esa maravillosa pila sacramental nuestras mollleras catecúmenas para ser unguidos filósofos y sabios, artistas y poetas, financistas y hombres de estado, y hasta me sospecho que de sus vertientes ha de emanar una purificadora legía que limpie las roñas humanas, pues más de un caso conozco de truhanes que han vuelto de una patriada convertidos en honestos y beneméritos ciudadanos.

De modo, pues, que miramos al través del valor las condiciones buenas o malas de cada individuo, como a través de los cristales de un antejo de teatro; aunque con la variante de que para observar las últimas, inver-

timos el aparato. Y de ahí que Fulano, aunque blanco, no sea tan mala persona si se ha fogueado en los campos de batalla, y el colorado Zutano merezca la consideración de sus contrarios si ha sido capaz de tamaña bizarría.

Unos a otros se miran con el anteojo vuelto.

¿Qué se han quedado "epatés" los porteños con nuestras frecuentes asonadas? Ya lo creo. Como que en esta tierra no se hace otra cosa que alabar el coraje oriental. Tienen tanto —me decía uno de ellos— que cuando han comentado bastante los episodios heroicos de una revuelta, preparan otra para tener después de qué conversar. Y yo no protesté de la ironía, y te aseguro que al escucharlo después de recibir tu carta con la pregunta trascripta, alborozado le estrecho al hombre los cinco y le digo: ¡Usted, usted sí que nos adivina! ¡Métase en aquella tierra, observe un poco y póngase inmediatamente a escribir la más entretenida de las apologías!

Porque como tú, piensan todos, casi todos los orientales. "Epater" a los mortales que no han tenido la dicha de nacer a la sombra de los talas de la patria chica, con su arrojo, con su altivez, con su amor al terruño y, por efecto de la terrible suficiencia determinada por tales cualidades, con todas sus obras, con todas sus cosas y con las cosas todas que encierra la prodigiosa pero criolla embanastada entre el Cuareim y el Plata, el Uruguay y el Atlántico.

Dí si no es cierto que para ustedes los poetas que cantan los primores únicos de su suelo y de su cielo son los más inspirados, los estadistas que manejan sus destinos lo más sesudos, sagaces florentinos sus políticos,

Castelares sus tribunos, brillantes sus periodistas, magníficos sus pintores? ¿Que las mujeres son las más hermosas y las ciudades las más pintorescas y los prados los más feraces y las carnes las más sabrosas, y las frutas las más exquisitas; que el dinero vale más y el comercio es más honesto; que los médicos son los más humanitarios y los letrados los menos tunos?...

A qué no me nombras más de diez uruguayos que no anden siempre acompañados por este largo cortejo de patrióticas pedanterías? Si lo haces, si lo que te digo no es la verdad en cueros, te autorizo a que me sueltes el indio.

Mientras tanto, perdona mi rudeza, te la has merecido y recibe a cuenta de los que irán en mi próxima, este consejo que transmitirás con la suficiente elevación de criterio, para no ver en mis censuras mezuquinos móviles.

Sean ustedes menos guapos. Tengan más amor a la vida, que concluirán por no despreciar tanto la del prójimo. Sean menos localistas. Ningún pedazo de tierra nos ha parido. Ella entera nos pertenece con su oxígeno y su sol, y es dominio que tienen derecho a usufructuar por igual todos los hombres... Además, Pulgarcillo ya no mata gigantes. Que lo digan los boers.

Y no siendo guapos ni patriotas, dejarán de ser políticos.

Serán entonces más humanos, más generosos; desceñirán de prejuicios el espíritu y no volverán a mirar hacia el Poniente.

Hasta pronto se despide tu amigo afectísimo,

Florencio Sánchez.

P. D. — Dime. ¿Por qué Roxlo ataca a Garibaldi? ¡Era tan peleador y tan guapo! — F. S.

II

NO CREO EN USTEDES

Mi querido amigo:

Tienes razón. Pero es únicamente ante las majestades de la patria y del coraje que son ustedes solidarios y se respetan. En lo demás... observa el espectáculo: Cuestas, gobernando con blancos y colorados; blancos contra Cuestas, colorados contra blancos y contra Cuestas, blancos con los colorados y contra los blancos, colorados contra los colorados, Cuestas contra los blancos, contra los colorados y... con Cuestas; colorados herreristas, tajistas, simonistas y blancos de Saravia, de Aguirre, de Terra y de Acevedo; constitucionalistas sueltos, constitucionalistas con o contra Cuestas, los blancos y los colorados; todos hablando, hablando a la vez o gritando o vociferando; aquí y allá, ojos que centellean, puños en alto, garrotes que amagan, boleadoras que zumban; los rencores explotando a la vez en todas partes, todos los hígados en plena y perpetua erupción... y, de cuando en cuando, por sobre la babélica algarabía, los plañidos del doctor Aramburu, Nuevo Mario, que se pasa la vida regando con sus lágrimas las ruinas de la fraternidad uruguaya.

De una manera más sintética, aunque un tanto campechana, le definía hace algunos años a Carlos María Ramírez, el espíritu burgués más sano y más equi-

librado que haya producido la cepa oriental, la situación de los partidos políticos de esa tierra. Los blancos —le decía— son una bolsa de gatos, los colorados otra bolsa de gatos y los constitucionales cuatro gatos en una bolsa. Y él aprobaba con su sonrisa melancólica.

Es que ello era realidad pura. Y lo es.

Nacidos de chulo y de charrúa nos queda de la india madre un resto de rebeldías indómitas, su braveza, su instinto guerrero, su tenacidad y su resistencia, y del chulo que la fecundó la afición al fandango, los desplantes atrevidos, las dobleces, la fanfarronería, la verbosidad comadrera y el salivazo por el colmillo, elementos constitucionales más que suficientes ambos para generar los vicios y defectos de eso que ha dado en llamar nuestra megalomanía, raza de los Treinta y Tres.

De tal herencia fisiológica conservamos muy acentuados los rasgos del chulo padre. Nos parecemos más a papá. La afición nuestra a la politiquería es importación pura de la tradicional Puerta del Sol. Más: Montevideo, toda la República es una reproducción ampliada de aquel conversadero madrileño que nos describen los costumbristas españoles. Entre comer, beber, conversar de política y darnos de navajazos, repartimos el tiempo.

¿Tienes noticias de parte alguna donde la política, piedra mordiente que desgasta las energías morales y físicas de los hombres, tenga más subordinados?

Casualidad es que no nazcamos los orientales arrullados por el estruendo de un motín; en seguida, a la vez que decir mamá o papá, la solicitud paternal nos enseña a pronunciar el nombre del caudillo de su preferencia; en las escuelas elementales aprendemos geometría y gramática blanca o colorada y a rompernos la crisma a pedradas por el caudillo de uno u otro color; desde los escaños universitarios, tamizamos por nuestro criterio partidista a Voltaire y a Kant y a Rousseau y a

Hegel, y cuando abandonamos las Facultades con nuestro título debajo del brazo, nos dirigimos a tranco largo a llevar la ofrenda de nuestro saber oficialmente consagrado, a la comunidad política a que han pertenecido nuestros padres, nuestros padrinos, el maestro normalista, el catedrático universitario y el cacique que ha llevado de la rienda nuestros juveniles ardores.

Y los de una colectividad política, si hemos resultado poetas, a cantar a los héroes de la causa; si periodistas, a batallar por ella; si abogados, a fabricarle leyes; si médicos, a organizarle servicios sanitarios; si financistas a manejarle el tesoro; si ingenieros, a medir campos de batalla, y mientras no hagamos poemas, ni leyes, ni ambulancias, ni operaciones de crédito, ni determinaciones geométricas, tenemos que pensar en que debemos ir pensando en esas cosas, las proyectamos, nos las narramos, las discutimos y nos damos de mojicones con los de la fracción contraria que se ocupan a su vez de resolver idénticas cuestiones; y como el tiempo que se ha de perder siempre sobra, aún nos queda un rato disponible para relacionar nuestras cuestiones políticas con el planeta Marte y la Vía Láctea y entregarnos con singular ardor a rebatir las leyes de su existencia sideral. Verbigracia: el bardo Roxlo a guitarra limpio con los jóvenes colorados a propósito de Garibaldi, y todo el país convulsionado asistiendo al lírico pugilato, absorbido por él.

Y el asunto Garibaldi no es más que un cuarto intermedio, un paréntesis al habitual debate. El descanso del Cid.

¡Lástima de tiempo derrochado en el culto de lo nimio, de energías absorbidas por lo secundario!

Te declaro con toda franqueza que quisiera ser más optimista acerca de la suerte de ese país; pero no puedo, no puedo ver de color de rosa lo que se está poniendo

do de un gris muy oscuro. Creo que tengan ustedes las bellas condiciones de que me hablas, pero nada positivo espero de ellas, desde que veo a esa intelectualidad joven quemándose las cejas sobre amarillos mamotretos, empeñada en desentrañar enseñanzas de las epopeyas de nuestra raquílica existencia americana, **en vez de ocuparse de los hermosos problemas científicos que agitan las mentalidades contemporáneas**, agrupada en pos de las tibias reseca del primer gaucho clásico que se le ocurre héroe, enarboladas a guisa de ideal, o de las piltrafas vivas de cualquier pseudo caudillo, tropero de pasiones, en lugar de estar con los que desde ahora trazan rumbos sobre el porvenir, desperdiciando en una subordinación lamentable de lo que vale a la insignificancia, toda su exuberante vitalidad!

No creo en ustedes, patriotas, guapos y politiqueros.

Tuyo.

FLORENCIO SANCHEZ.

III

IDOLOS GAUCHOS

Mi querido amigo:

Aquí de tu benévola condescendencia. Voy a ocuparme de algo que tal vez te hiera más que todas las cosas dichas en mis cartas anteriores, del partido al que aún perteneces y al que en otros tiempos estuve yo incorporado: del partido blanco.

Empezaré con un poco de historia fresca. Allá por el año 1895, considerando nosotros los blancos: 1º que hacía 33 años que no gobernábamos, y 2º que Idiarte Borda lo hacía muy mal, resolvimos adoptar el recurso extremo de las armas para reconquistar el Estado y labrar la felicidad de la patria. Al mismo tiempo que a nosotros se le ocurrió igual cosa a don Aparicio Saravia, estanciero del Cordobés, ex-Jefe de una revolución brasileña, poseedor de cierto prestigio y algunas lanzas, y todo fué pensarlo y pronunciarse con un puñado de criollos, ganándonos el tirón. El día de ese pronunciamiento, el doctor Aureliano Rodríguez Larreta, constitucionalista, comentábalo en mi presencia en las oficinas de "La Razón", y nos contaba que durante los preparativos de la revolución del Quebracho había ido a pedir al doctor Pellegrini una partida de lanzas destinadas a la fuerza invasora. —¡Cómo!—había exclamado éste—¿todavía pelean con chuzas los orientales?... Y aseguraba el doctor Rodríguez muy triste

porvenir a sus compatriotas al convencerse de que diez años después "todavía peleaban con chuzas"!

Deshecha la montonera de Saravia, organizamos las nuestras y poco después pisábamos las cuchillas de la patria, —¡viva la patria! ¡abajo los salvajes! ¡abajo los ladrones!— y nos entregábamos a matar gente, a carnear vacas y destruir haciendas, alambrados, puentes, telégrafos y vías férreas, en nombre de nuestros hollados derechos, con tan patriótico ardor, que en ocho meses de correrías no dejamos herejía en perspectiva ni por proyectar. Batidos en Arbolito, Cerros Colorados, Cerros Blancos. Aceguá, Tarariras, etc., etc., etc., habríamos continuado quien sabe hasta cuando, nuestra misión topográfica de abrir caminos al través de los sembrados y las florestas, y pobladora a la vez... de cementerios, si el pueblo no empieza a gritar ¡basta! y Arredondo no mata a Borda y Cuestas no hace la paz.

Una vez en paz, yo, yo mismo oí al doctor Aureliano Rodríguez Larreta, vestido de chapona blanca, brindar por el cruzado de poncho celeste que a punta de chuza había bregado gloriosamente por las libertades patrias: Aparicio Saravia, estanciero del Cordobés. Coreamos todos los blancos entusiasmados ese canto a la chuza y a fuer de justos y equitativos lo hicimos extensivo a los demás estancieros, concedores de hacienda y baqueanos de todos los pagos (duerma en paz el pobre Diego Lamas) coroneles, comandantes y capitanes de Saravia, que con ella habían acariciado el dorso de los conculcadores de las leyes.

Y nuestro entusiasmo se tornó en veneración. La chuza que debió ocultar sus nostalgias de sangre en los rincones del rancho, siguió fulgurando en la imaginación de todos, y la brisa continuó rizando los flecos del poncho celeste, que a manera de immaculada túnica viste hoy los ideales políticos de la juventud nacionalis-

ta. ¿Te acuerdas de Aparicio Saravia? ¿Lograste durante la campaña descubrirle otras condiciones que mucho coraje, bastante astucia indígena y algunos hábiles recursos estratégicos como general, y como hombre una escasísima cultura moral y un espíritu celular con recovecos llenos de esa suspicacia aviesa, chocarrera y guaranga que se cristaliza en el gaucho americano?

Sin embargo, Saravia desde tu Tebáide criolla comparte con los políticos y los financistas de esa tierra la gestación de los negocios públicos, es a veces consejero y las más de las veces árbitro; es barómetro de la bolsa y un gesto suyo convulsiona los ánimos; si amenaza al gobierno echamos mano a la cintura, si le sonríe hacemos una reverencia, cuando habla en serio nos ponemos graves y nos echamos en corporación a reír a carcajadas si de sus labios brota una gauchesca ocurrencia... ¡Saravia, Saravia, Saravia!... Al santuario del Cordobés van peregrinaciones de jóvenes intelectuales blancos, con la ofrenda de su libertad de espíritu a rogar por la felicidad de la patria y por el bienestar de la comunidad política y van delegados del gobierno a dejar votos y pedir inspiraciones... ¿Se mistifican o mistifican?

¡Qué tristeza! Viajan a Montevideo los hijos de Saravia (¿por qué no lo hace el padre?) y la juventud intelectual los colma de agasajos, les da banquetes y les forma séquito, y bien recordarás que los pobres muchachos, salvo la guapeza hereditaria, no tienen más cualidad que la de saber jinetear potros, decir pavadas, y usar corbatas de la bandera oriental, chambergo requintado y clavel blanco en la oreja! Y lo mismo que con Saravia y su prole, pasa con los demás militares de menor cuantía surgidos de la patriada del 97, también ídolos gauchos con redoma y santuario. ¿Qué extraña

morbosidad ha determinado en ustedes esa inexplicable devoción al fetiche de ñandubay?

¿En ustedes, inteligentes, estudiosos y altivos?

Puedes creer que si algún dolor he experimentado al escribir mis epístolas precedentes, nada me ha sido tan penoso como constatar y hacer públicas estas verdades. Conservo más de un recuerdo grato y cariñoso de ustedes y de ese pedazo de la tierra, suaves sedimentos de mis pasadas veleidades, y sé que al sinapisar las llagas produciré grandes escozores. No te ofendas. El enfermo nunca guarda rencor al médico que trata de curarlo.

Afmo.,

FLORENCIO SANCHEZ

El caudillaje criminal en Sud América

(ENSAYO DE PSICOLOGIA)

"JOAO FRANCISCO"

Como único recuerdo doloroso de las últimas reyertas partidistas de la vecina tierra, ha subsistido el de los degüellos, incendios, saqueos y depredaciones de todo género cometidas en las fronteras riograndenses. Si se tratara de un simple desborde de la delincuencia común, lógico en circunstancias tan propicias a la impunidad, sólo quedaría esperar que la Justicia ordinaria aplicara su sanción a los hechos; pero ellos tienen su significado excepcional, pues son efecto de hábitos regresivos que florecen todavía por aquellas regiones y que conviene poner en claro, analizar y juzgar en homenaje a la cultura de esta América que tanto oscurecen y agravian.

Los diarios han esbozado algunas crónicas de la vida fronteriza, perfilando a través de relatos espantosos la silueta de un personaje, señor de vidas y haciendas en Río Grande, Joao Francisco, que a fuerza de aparecer malvado y sanguinario va tomando en la imaginación popular contornos de algunos de nuestros señores feudales de la edad media argentina. Joao Francisco, que en la realidad se excede a su reputación, es una simple resultante del ambiente en que actúa, encarna los sentimientos, las pasiones y las modalidades del medio. Transplantado a Buenos Aires o a la última provincia argentina, a lo sumo llegaría a ser un interesante ejemplar de delincuente; en la frontera riograndense es señor feudal.

Quien estas líneas escribe ha vivido largo tiempo en aquellas regiones; ha frecuentado sus hombres y observado las costumbres, de modo que se considera habilitado para abordar el tema, verazmente aunque más no sea, desenvolviéndolo en la forma a su juicio menos monótona: la forma episódica y anecdótica.

Vamos, pues, a hacer crónica, que parecería novela a no mediar en la historia del caudillaje americano un documento tan genial como es el *Facundo* de Sarmiento.

La parte sud de Río Grande, comprendida entre Santa Ana de Livramento y Uruguayana, ofrece un tristísimo aspecto de atraso e incultura. Está dejada, como quien dice, de la mano de Dios. Poco poblada, sin medios fáciles de comunicación, desenvolviéndose su vida económica por la explotación más primitiva de la ganadería, en mano de escasos propietarios, su comercio es generalmente a base del contrabando y el abigeo; sin escuelas, sin templos siquiera, sin instituciones de ninguna especie, salvo la autoridad a cargo del más fuerte y bárbaro, iba, sin embargo, evolucionando progresivamente hasta que sobrevino la revolución de 1893. Tres años de guerra demolieron toda la obra de progreso dejando la simiente regresiva de la antropofagia política.

Santa Ana es el centro principal de operaciones de Joao Francisco. Es una ciudad de aspecto colonial, como todas las de la provincia, excepto aquellas en que ha gravitado la influencia de la inmigración alemana. Está situada frente a Rivera, población uruguaya, formando casi un solo pueblo; ambos se diferencian por la edificación moderna de este último y por costumbres fundamentalmente opuestas.

Su comercio es fuerte y nutrido por el contrabando con el Uruguay, su sociabilidad precaria y, cosa no extraña, hay más espíritu supersticioso y fetichista que

religioso. Sólo tiene una iglesia a medio derrumbar, atendida por un párroco que más bautiza que dice misas, y viste de particular.

En cambio se habla de política. Antes, cuando había opositores (hoy, los que no han sido degollados, viven en territorio oriental o se han instalado en los grandes centros de población) se debatían en dos bandos. Ahora se pelean ellos solos por preponderancias personales, pero como Joao Francisco no tarda en poner coto a esas rencillas pronto se quedan sin asunto, y entonces la emprenden contra los jefes y oficiales de los batallones allí destacados por el gobierno central del Brasil y empleados de reparticiones nacionales, como la de las aduanas. Recientemente los telegramas nos informaban de que la población de Santa Ana se había alzado en armas pretendiendo linchar al jefe de la receptoría, un tal Frontoura, quien a su vez se había atrincherado en sus oficinas. Ignoramos cómo terminó el conflicto, pero asuntos de esta índole constituyen el pan nuestro de cada día para los buenos santaneses. Joao Francisco es, por supuesto, el dios de allí. "Noli me tangere".

¿Que a don Fulano de Tal, sospechado de maragato, le han cortado la cabeza; que el pardo Cipriano apareció con los dientes al sol; que la estancia tal ha sido asaltada, incendiada y degollados sus habitantes?... La noticia corre como un rayo, se comenta sin regocijo pero también sin indignación, y cuando dos amigos se encuentran en la calle al comunicarse sus impresiones:

—Fué la gente de Joao Francisco,— se susurran, bajando la cabeza. Para hablar de esas cosas no se puede alzar mucho el cuello, pues hasta la atmósfera tiene filo.

Hay que hacer notar, no obstante, que por allá no se justifican todos los crímenes.

—¿Para qué degollar a ese pobre diablo!... Si hubiera sido jefe o caudillo, menos mal!...

EL DEGÜELLO

La costumbre los ha hecho familiarizar tanto con el degüello, que él constituye la forma única del homicidio y hasta del suicidio. Si se pudiera hacer una estadística exacta de la mortalidad en aquellas regiones tendríamos que el mayor porcentaje lo daría la muerte violenta y por degüello. Ciertamente que la "garrucha" (pistola) se emplea con frecuencia, pero no lo es menos que el sujeto que mata a otro de un balazo lo degüella en seguida.

En las disputas no se oye jamás decir "lo mataré a usted" o "te romperé el alma", sino "cuando lo agarre lo degüello", y creemos que hasta el acreedor manda mensaje así: "sino me paga lo degüello", pues más de una vez hemos oído recados de esta especie: "dígame a Fulano que se deje de jeringarme la paciencia con el pleito, porque el día menos pensado, lo mando degollar".

El intendente de policía de Santa Ana nos contaba que cada vez que se cometía un crimen y el criminal era reducido a prisión, desfilaban por su oficina docenas de personas pidiéndole que le prestara el preso un ratito para degollarlo!

Por supuesto que pocos casos como éste se han dado. Los criminales, si la fechoría es muy gorda y saben que se les conoce, huyen a tierra oriental, si no se quedan tan tranquilos o van a presentarse voluntarios al regimiento de Joao Francisco; pero por grande que sea el delito, habiendo sido las víctimas gentes desafectas a éste, gozan de completa impunidad y hasta de privilegios.

Los únicos individuos que suelen ir a la cárcel son los contrarios a la situación, y por poco tiempo, desde que no tardan en ser ajusticiados o "escaparse", como se dice, por el habitual procedimiento del degüello.

Y si eso ocurre en un centro de población, puede imaginarse lo que sucederá en la campaña. Por de pronto, la despoblación es tan grande ya, que en la vasta zona dominada por Joao Francisco no va quedando otra gente que la de su regimiento, cuyas patrullas la recorren constantemente, haciendo retumbar en los pedregales los cascos férreos de sus caballitos serranos. Sobre la frontera, ranchajes de pobrerío habitados por mujeres y chicos. Ni un hombre. El marido o el padre, si no ha sido degollado, anda a monte, en los cajones de la sierra, o emigrado en la banda oriental. Si alguna vez la cría lo atrae al pago, no tarda en amanecer atravesado sobre un camino, con la cabeza separada del cuerpo. Sus deudos irán a plantar una cruz en el sitio en que lo hallaren, pero la primer patrulla que pase la arrancará para hacer fuego.

En Caty, el campamento de Joao Francisco, se sabe el nombre, la filiación y las costumbres de cada uno de los moradores de la sierra, y bien puede el desdichado que cae en desgracia ir atándose los calzones. Más tarde o más temprano ha de caer. Para él, ni el territorio uruguayo será refugio seguro; a saberse su paradero no tardará en allegársele un emisario de Joao Francisco para darle la feroz cuchillada.

Y no son los maragatos, los enemigos políticos, los únicos que caen, sino todo aquel que se haya hecho desagradable a la hiena por cualquier circunstancia: por haberle robado un caballo a un amigo, por haber murmurado, por haber tenido una disputa con un soldado, por emborracharse en una pulpería, por no pagar una cuenta, por haber dado refugio a un perseguido, por defender la honra de su china...

Un día, viajando con el propio Joao Francisco, nos salió al encuentro una vieja moradora de un rancho y conocida de nuestro hombre. Iba a quejarse de que un

sujeto le había hecho quién sabe qué tonterías, matarle un perro, nos parece.

—Bueno, viejita; vaya tranquila. Lo voy a mandar degollar!— le respondió Joao Francisco.

Y al primer destacamento que encontramos le impartió la orden!...

El gobierno central del Brasil está representado por numerosos batallones destacados en Livramento, Cuareim y Uruguayana, las tres villas del feudo medioeval de Joao Francisco.

Es curioso el papel que desempeñan esas fuerzas obligadas a mantenerse neutrales, impasibles, por respeto a la autonomía provincial, ante tanto desmán.

Y lo más raro es que viviendo en perpetuo conflicto con Joao Francisco, nada hayan podido hacer para remediar aquella situación. De esos conflictos hemos presenciado uno que no puede quedar en el tintero.

Cierta noche tomábamos el fresco sentados en la puerta de un hotel de Santa Ana. De repente vemos grupos de gente que huía en todas direcciones.

—La leva!... La leva!...

El camarero que nos servía, nos grita al pasar disparando por nuestro lado:

—¡Escóndase, mozo!... ¡La leva!...

Nuestras buenas relaciones con la situación nos ponían a cubierto de todo riesgo. Quisimos indagar, darnos cuenta del espectáculo. Inútil. El pánico era tan intenso y contagioso, que no tardamos en optar por el discreto consejo del garzón.

A la mañana siguiente, el capitán Bernardino, un oficial tan "chic" y tan tenebroso como su hermano Joao Francisco, nos explicaba el caso: era la aplicación de una especie de ley Varela Ortíz, contra el juego. Joao Francisco hacía de cuando en cuando razzias semejantes, comenzando por los garitos, con lo cual llenaba el

doble objeto de remontar su regimiento y combatir el cáncer del juego!...

A invitación del mismo capitán presenciamos poco después la partida para Caty de los reclutados aquella noche: unos ciento cincuenta hombres de toda condición social y pelaje. Se les hizo desfilar para escarnio público por las calles principales, arrebañados, bajo la custodia de unos veinticinco lanceros, que iban azuzándolos con el silbido peculiar del arreador de haciendas y a veces hasta picaneaban a los remolones con el conto de la lanza.

—Marcha!... marcha!... marcha!...

En el camino, de rato en rato, un soldado ensanchaba la ronda metiendo su caballo por la vereda y un desgraciado más, un incauto transeúnte iba a engrosar la tropa. Recordamos que un pintor rengo, con su gorro de papel, el tarro de pintura en una mano y la regla en la otra, cayó entre los últimos.

De repente la extraña comitiva se detiene y se arremolina. Suenan clarines y tambores y vemos tropas haciendo ostentoso despliegue. Poco después reclutados y guardia, ratones y gatos, desaparecían por el amplio portón del cuartel.

¿Qué había ocurrido?

Una friolera: mezclado con los prisioneros iba el segundo jefe del regimiento 5º de caballería y al pasar frente a su cuartel se había hecho reconocer por la guardia y ordenado la operación que hemos descripto.

El incidente conmovió en extremo a los santanenses, fué como un somatén de la pública novelería. A la noche estaba declarado el estado de guerra entre los representantes del gobierno central del Brasil y Joao Francisco, y al amanecer del siguiente día los batallones federales habían tendido sus líneas y las avanzadas del

regimiento de Joao Francisco coronaban las alturas dominantes de la ciudad.

Pero felizmente, sólo el telégrafo hizo el gasto.

Supimos más tarde que Joao Francisco, conociendo las aficiones timberas del jefe aludido, su enemigo, había ordenado la razzia con el especial objeto de darle un mal rato.

LAS REVOLUCIONES

Hemos dicho que la revolución riograndense de 1893 acabó con los escasos progresos de cultura y civilización de aquellas zonas.

Creemos no haya en la historia de América precedentes de una guerra civil más implacablemente sanguinaria y bárbara. Han llegado hasta aquí espeluznantes relatos de degüellos, violaciones, incendios, masacres de prisioneros, pero menester es haber atravesado las zonas devastadas de aquella provincia, a raíz de la terminación de la guerra, y oído a los protagonistas de la gran tragedia, emocionados aún, narrar sus escenas, para darse cuenta justa de lo que allí pasó. Quisiéramos trazar como antecedente útil a las constataciones de esta crónica, una síntesis de aquellos salvajismos, pero tememos que no nos basten todas las páginas de esta revista.

Que la supla entonces la imaginación pública exhumando sus recuerdos más lúgubres al respecto, sin excluir el de las depredaciones macedónicas de todo tiempo. El recuerdo del combate de Rio Negro, en que trescientos prisioneros fueron encerrados en un corral de piedras de donde los sacaron uno por uno, a lazo, para

desjarretarlos y degollarlos como reses, es uno de los episodios de menor cuantía, así como escasa importancia tiene en relación a las demás herejías, el hecho de que a un joven revolucionario le hicieran comer carne asada de su propio padre.

Joao Francisco, siempre él, fué la figura descollante de la frontera en esa guerra. Al frente de una fuerza poco numerosa, jamás quiso alejarse de las fronteras, campando por sus respetos durante los tres años de guerra sobre una zona de más de 600 leguas. Fué hábil y previsor su resolución.

—Los revolucionarios derrotados en el interior tendrán que arrimarse a la frontera oriental para reponerse y aquí... yo los barajo en mi lanza!— decía. Y si en algo hubo error fué en lo de la lanza, pues lo que barajó a los insurrectos fueron su faca y las de los milicos. Con las alternativas lógicas, corrió de victoria en victoria; mejor dicho, de carnicería en carnicería, y al cabo de la revolución pudo mandar al gobernador Castilhos, el parte memorable de Varsovia: en la región no quedaba más bicho viviente ni más casa en pie que él con sus contingentes.

Saldanha da Gama con sus trescientos hombres, gente de mar toda, y un brillante estado mayor de oficiales y aspirantes de la escuadra, a pie, sin medio alguno de movilidad, aunque con bastantes armas y municiones, se fortificó sobre una meseta apoyando sus trincheras en la costa misma del río Cuareim, línea divisoria, en previsión del desastre. Proveían de víveres al campamento unos cincuenta gauchos, al mando del Comandante Chico Rivero, una brava lanza.

Joao Francisco acechaba los movimientos de la fuerza invasora y le había dejado obrar temiendo que un ataque antes de tiempo le hiciera perder la presa; cuando supuso a los enemigos en condiciones de hacer-

se fuertes, se decidió a tirarles el zarpazo. La operación fué de una simplicidad terrible.

Ordenó a sus hombres, unos seiscientos, que avanzaran hasta las trincheras, montados, al trote y haciendo fuego. Aquello era descabellado. Los marineros de Saldanha diezmaban impunemente a semejantes locos, pero el avance seguía. De repente los clarines de Saldanha echan diana; el enemigo que había llegado a unos cincuenta metros de las trincheras, volvía grupas en evidente desmoralización. Chico Rivero se lanza entonces con su caballería a consumir la derrota.

—Vuelta cara y sable en mano!— bramaron los oficiales de Joao Francisco. Y a los pocos segundos se produjo el infernal entrevero sobre el campamento mismo de Saldanha.

Joao Francisco había previsto, con la intuición del avezado a la guerra gaucha, la salida del impetuoso jefe de lanceros. Su táctica era provocarlo y batirlo después, aprovechando los momentos en que el enemigo no podía hacer fuego, para caer como tromba sobre el campo fortificado.

—¡No quedó ni uno! nos decía el mayor Tambeiro, nuestro cicerone en una excursión reciente al sitio del suceso. El mayor Tambeiro fué el matador glorioso de Saldanha. (1)

Sentados sobre una de las trincheras, todavía en pié, de los desdichados vencidos, nos narró el episodio con la más estudiada modestia. Durante el entrevero se echó a perseguir a un hombre muy maturrango que galopaba en caballo de raza hacia el estado oriental.

—Respéteme! Soy el Almirante Saldanha! gritó el prófugo al sentirlo cerca.

1) El mayor Tambeiro se llama Salvador Lena, y es nacido en Tacuarembó.

—Esos son los que me gustan! le dije, y lo levanté en peso con mi lanza.

En realidad, no creyó que fuera Saldanha. A saberlo lo agarra vivo, porque estaba desarmado y llevaba un brazo en cabestrillo, y seguro que habría sacado mayor provecho.

Sobre el campo quedaron insepultados todos los cadáveres. Hoy todavía se ven blanquear centenares de osamentas.

—¿Pero nadie se rindió?

—No hubo tiempo. Cuando nos dimos cuenta no quedaba ninguno vivo. La muchachada estaba caliente con los marineros. ¡Vea que linda rebanada! se interrumpió, alzando del suelo un cráneo que tenía la parte posterior tronchada, indudablemente de un solo golpe de sable!...

Nos contó después este episodio:

La tropa se entregó al "carcheo" y como todos los cadáveres quedaron desnudos nos fué imposible reconocer el del almirante. Por suerte el comandante Joao Francisco tenía dos prisioneros, dos aspirantes ¡pobrecitos! muy jóvenes, que lloraban como chicos. A ellos se les pidió que nos lo señalaran, pero las horas pasaban y el almirante no era hallado. Les amenazaron con degollarlos si no despachaban pronto, comprendiendo que no querían entregar el cuerpo de su jefe; entonces uno de ellos señaló un muerto.

—Este es— dijo.

Algunas señas coincidían, pero nos dimos cuenta, por las manos gruesas, la deformidad de los pies y el desaseo del cuerpo, que nos mentía.

Joao Francisco lo hizo degollar en presencia del compañero por haberlo engañado.

El otro muchacho intimidado, nos indicó el cadáver, pero Joao Francisco le hizo cortar la cabeza en el acto, por cobarde!

El cuerpo de Saldanha, horriblemente mutilado, fué envuelto en un cuero fresco y mantenido largo tiempo como trofeo por el vencedor, hasta que sus amigos pudieron darle sepultura piadosa en el cementerio de Rivera, población oriental.

Y entre el cúmulo de episodios tan horribles que conocemos, oídos a los mismos actores de la tragedia, elegiremos el siguiente, que cierra siniestramente la digresión.

Joao Francisco tuvo la tétrica voluptuosidad de mantener su gente acampada sobre el mismo campamento de Saldanha todo el tiempo que las miasmas lo permitieron. Lo hacía con el fin de familiarizar la tropa con el espectáculo de la muerte, y de tal manera logró su objeto que en esos días la milicada se entretuvo en desollar cadáveres para trenzar con piel humana mareas y presillas del apero, prendas muy estimables por aquellas regiones, que se exhiben como testimonio de valor y que algunos supersticiosos conservan como amuleto contra las balas!

Y jamás olvidaremos la impresión que nos produjo oír a los oficiales de Joao Francisco relatar, entre grandes carcajadas, como se divertían los milicos haciendo probar a sus compañeros más zonzos carne asada de "dijuntos", o describir una macabra disparada de los caballos del campamento arrastrando los cadáveres que habían servido de estaca a la soldadesca para mantener la sogá!

EL CAUDILLO

Lo habréis imaginado, sin duda, un indio alto, empacado, cerdudo, con la cara llena de tajos, viruelas y

costurones, y si no bizco, tuerto. Sus mentas, su trágica reputación tantas veces encarnecida, parece no admitir otra fisonomía ni otra encarnadura que las consagradas en las mentes por las vulgarizaciones del lombrosianismo y tal es nuestra certidumbre de que se ha acendrado este juicio en el público, que tememos que al concluir el retrato del gran vándalo riograndense, se nos grite: ¡mentira!, ¡falsedad!

Se dirá: no puede ser joven, ni buen mozo, ni fino ni elegante, ni culto, ni amable, ni espiritual, semejante bellaco! Empero, no tenemos más remedio que resignarnos a conceder a Joao Francisco Pereyra de Souza, la atenuante de ciertos adornos físicos y morales.

¿Cómo es en resumen?

Imaginaos al coronel Ricchieri, o a cualquier otro militar nuestro tan arrogante pero más esbelto; que use como él barba y perilla renegridas, aunque más discretamente proporcionadas: que vista uniformes modernos con mundano desempacho; ni muy alto ni muy bajo; de gesto apacible; graduado por la expresión sonriente, un tanto adulatora, de los labios; nariz perfectamente perfilada; ojos muy negros, curioseando a través de unas pestañas que se dirían crayonadas por un Moussion cualquiera; afeminadlo un poco más, suponiéndole manos pequeñas, suaves, devotamente cuidadas, y, en la tez, pigmentaciones de mujeril sonrojo y, toque más o menos, tendréis al caudillo en pinta!

Complementan estas exterioridades, la más correcta desenvoltura de modales, la fuerza y pulcritud de la dicción, amoldada la voz a las blanduras del idioma portugués, tan melodioso.

No es verboso, pero no hace que le arranquen las palabras con sacacorchos. Se expresa como persona de buen tono, sencilla, agradable, fluidamente, aunque a veces incursione por su conversación el orador un poco

ampuloso que todos los brasileros llevan dentro, y hasta el erudito, traducido en citas no siempre vulgares.

Para consuelo del lector, que ya nos supondrá intenciones de abusar de su credulidad con este panegírico de las prendas personales del sujeto, anotaremos una falla que no le hemos señalado aún, porque tampoco se la pescamos a primera vista: la mirada del hombre, la mirada síntesis de pasiones y sentimientos.

La leyenda atribuye a todas las grandes personas que ha tenido la humanidad en forma de conquistadores, aventureros, políticos, genios de la guerra, tiranos de pueblos o asesinos sueltos, la característica de la mirada: aguda, acerada, punzante, fría, sórdida, escrutadora, de águila, en fin. Las pobres águilas pueden estar tranquilas esta vez. Joao Francisco no tiene mirada de águila. Sólo debe tener la mirada de Joao Francisco o de alguna fabulosa ave de garra; y decimos debe, porque en realidad no se la pudimos ver bien: cada vez que nos ha mirado desde adentro de sus ojos, hemos bajado los nuestros, sintiendo la piel erizada y no pocas tentaciones de llevar la mano al cuello. Se diría que mira con el filo de un facón.

No tiene biografía, precisamente. Ninguna escuela, ningún Saint-Cyr ha botado a las fronteras brasileñas este extraño militar. Un gauchito ladino, merodeador, oficial de preboste, justicia de partido, tropero de votos electorales, contrabandista, jefe de gavilla en sus mocedades; no se le conoce ni aún nacionalidad exacta, pues hay quien asegura que es uruguayo y da viso de certidumbre a esta afirmación, el hecho de que sus padres han estado y están radicados en tierra oriental. Por lo demás, es común que los hijos de brasileños nacidos en el Uruguay, cerca de las fronteras, se consideren brasileños, si ya sus genitores no los han nacionalizado, cristianándolos en el Brasil.

La celebridad de Joao Francisco data de su primer crimen de resonancia. El año 95, si mal no recordamos, era un capitanejo de partida; invadiendo el territorio uruguayo hizo degollar a dos guardas aduaneros de esta nacionalidad, uno de ellos el teniente Cardozo. El atentado tuvo estrepitosas repercusiones: Montevideo se indignó: su juventud, en algarada patriótica, se lanzó a las calles y hasta hubo de asaltar la legación brasileña; funcionaron activamente las cancillerías y ocurrió lo de siempre. Apesar de todas las promesas diplomáticas, Joao Francisco continuó en su puesto, haciendo méritos para consolidar su fama que la justa indignación de los uruguayos había hecho llegar a los límites de lo siniestro y repugnante. Aquel jacobino de Julio de Castilhos, sentía peligrar su estadía al frente del gobierno de Río Grande y necesitaba mantener sobre las armas a ese hombre de acción que tan buenas pruebas comenzaba a dar de su audacia y de sus agallas. Si la acertó lo prueba su actuación en los sucesos revolucionarios, en la forma tan descollante que hemos relatado ya.

¿Dónde, y cuándo adquirió su cultura militar? Misterio. El hecho es que si el más adelantado de nuestros militares revista hoy el regimiento de Joao Francisco, nada tendrá que reprochar en punto a organización, disciplina y aprovechamiento científico.

El efectivo ordinario de su tropa es de ochocientos hombres, y hay que notar la particularidad de que si bien el arma es la caballería, esos ochocientos hombres formarían sin dificultad como infantes, evolucionando correctamente, y serían capaces de sustituir al más experimentado regimiento de zapadores. Ha logrado Joao Francisco la más alta expresión del automatismo en sus soldados.

EL CAMPAMENTO DE CATY

Todo el sud del Río Grande es en extremo accidentado. Entre abruptas serranías, próximas al Cuareim divisorio, en una profunda y amplia hondonada está situado el cuartel y campo de maniobras de Joao Francisco, el Caty famoso.

De lejos es un pueblo, o mejor, una toldería, pues rodean las reparticiones del cuartel todas de paja y adobe, construidas por la misma tropa, centenares de ranchitos que sirven de vivienda a las familias de los soldados. La vida militar es la de todos los cuarteles, con la única diferencia de que el soldado franco no la abandona nunca. Bajo el punto de vista pintoresco mucho y muy lindo se podría contar, pero no es del caso.

Hablemos del milico. Invariablemente joven, fornido; bruto para otra cosa que no sea el servicio y la comprensión de la disciplina, desde que para estar donde está, menester le ha sido renunciar para siempre a su individualidad y sabe que la menor falta le cuesta la vida; inconsciente desde luego, y de sentimientos ¡imaginaos que negrura! Ha ido al cuartel, "guri" todavía, llevado por la leva; o sino voluntariamente, después de haberse degollado, por lo menos, una familia, con chicos y todo, lo que le da título más que eficaz de enrolamiento.

Estos son los únicos voluntarios del regimiento. Frugal y sobrio, sólo bebe caña cuando está muy lejos de la vista de sus superiores, seguro entonces de que no lo han de descoyuntar de una estaqueadura; su espíritu de compañerismo es acendrado; no pelea a sus congéneres ni les hurta nada, pues lo único que la disciplina permite robar impunemente es la china.

Cualquiera de los ochocientos soldados entra en estos lineamientos: todos son iguales.

Como la vida en Caty se nos ocurriera monótona, un oficial nos sacó de dudas diciéndonos que cuando la faena militar no les ocupaba mucho tiempo, se entretenían en aplicar todos los castigos en cartería; entre estaquear a uno y apalear a otro transcurría más agradablemente el tiempo.

—Mire, tenemos un negro estaqueado porque le robó una guitarra a un compañero. ¿Quiere verlo?

Allí estaba como un sapo, panza arriba, suspendido entre las cuatro estacas por las guascas ceñidas a sus miembros. Nos miró sonriendo:

—Pida por mí, seu tenente!— suplicó.

—“Te viá dar, negro del diablo, robar guitarras”... Y habiendo tanteado la tensión de las amarras llamó al cabo ejecutor. ¡Estire más esta prima, que está baja!... ¡Y ahora esta bordona!... Ajajá! Los huesos del negro crujieron. El oficial después de haber amenazado al cabo por haber templado tan mal aquella guitarra, volvióse hacia nosotros satisfecho y como invitándonos a celebrar su delicada espiritualidad.

Joao Francisco no reside en el cuartel, sino en su estancia, en las inmediaciones, donde tiene su familia. Ha montado la máquina de exterminio, la ha probado bien y emplazado mejor; mientras no llegue el momento de hacerla funcionar —por más que siempre tenga en acción alguna de sus reparticiones accesorias— nada le queda que hacer con ella. La visita y la examina de cuando en cuando, con ternura de autor satisfecho.

En la estancia vive apaciblemente, sin mayores preocupaciones, morrongueando entre las tibiezas afectivas del hogar.

Sus ocios los mata con la lectura.

Se ha provisto de una buena biblioteca y lee, lee con avidez, asimilándolo todo con la estupenda facilidad que delata su cultura tan rápidamente elaborada.

Una noche ha leído el relato de una brillante operación militar y a la mañana siguiente la hace reproducir con sus tropas en el paraje más oportuno, cueste lo que cueste, que bien puede ocurrírsele representarse la hondonada de Waterloo sin que tenga reparo en hacer descrismar trescientos soldados en la barranca más próxima.

Vuelto a su casa, se tenderá en un diván, encenderá un charuto y se pondrá a dilucidar si las caballerías francesas han podido hacer esto o lo otro.

La política provincial o nacional brasileña lo inquieta poco: la sigue, analiza los sucesos sin mayor apasionamiento y siempre a la expectativa confiando en que su gran amigo el doctor Julio de Castilhos, Gobernador de hecho de Río Grande, proveerá por él y le dirá lo que haya que hacer. De su parte, a menudo envía a Castilhos la invariable información, indudablemente recogida en los cementerios: “los enemigos siguen tranquilos, no se han movido”.

Tampoco le preocupan sus negocios personales: son eternamente prósperos; ni las repercusiones de sus sonadas barbaridades, que lo hacen sonreír desdeñosamente; ni los eternos conflictos de sus tropas con las fuerzas federales destacadas en la región. Podría sacarlo de quicio una opinión como esta sobre su personalidad, pero solo para lamentarse de que la distancia le impida mandarnos degollar por el negro Conceicao, su sargento de órdenes y ejecutor de excepcionales comisiones; algo así como el facón de gala de su nutrida armería.

Ni la satisfacción de denunciar en ese hombre noches atormentadas por el insomnio o por la pesadilla terrorífica, podemos tener en revancha de sus siniestras actividades! Sus centenares de víctimas no acuden a su mente en macabras rondas barbotando venganza por

los sangrientos tajos de los cuellos!... No sueña con puñales ni con bombas, ni tósigos. Duerme como un bendito y hasta ronca.

Tampoco teme que lo maten como su rival el "gran enfermo de Oriente". Hemos solido encontrarlo sin escolta, viajando entre escabrosas serranías, tan confiado...

Joao Francisco es devoto. Y ¿sabéis cuál es su religión? Cierta día se lo preguntamos:

—Mis creencias? Soy positivista; pertenezco a la religión de la humanidad!

EN RESUMEN

¿Qué aspira? ¿Cuáles son sus proyecciones? ¿Es un voluptuoso, un refinado cultor de la muerte, simplemente?

Estamos sin información a ese respecto. Nada hemos podido adivinarle. Quizá... lo último; quizá un caso de misticismo político, quizá —todo cabe en el terreno de las conjeturas— se trate de un megalómano acariciando en sus ensueños la idea de un futuro imperio sobre los hombres y las cosas de su tierra, cuya realización espera como un predestinado; quizá, y ganas nos dan de optar por esto: no es nada más que un gran vándalo con aspiraciones reducidas a una simple preponderancia de pago.

Lo que es innegable, como la afrenta que para la cultura americana representa su actuación en Río Grande, es que mientras le dejen alas subsistirá con él un gran peligro para la civilización.

El Teatro Nacional

EL TEATRO NACIONAL

(Conferencia)

Ermete Zaccone, el actor genial, describiéndome una noche la figura apostólica de Giovanni Bovio, me contaba que cuando se estrenó en Nápoles el "Cristo en la fiesta de Purim", los estudiantes napolitanos colocaron la tribuna universitaria del filósofo al pie de la estatua de Giordano Bruno y terminada la representación lo condujeron en triunfo hasta ella, exigiéndole que hablara. Bovio confuso y sorprendido por la inesperada demostración, midió con la mirada serena la estatua del mártir y le dedicó su oración, comenzando así:

"Han hecho ustedes bien en traerme a este sitio: Cristo dijo, sed verdaderamente libres; pero éste añadió, sed libremente veraces".

Conversando ayer el conferenciante, con el distinguido vicerector de este colegio, interrumpió sus melancólicas reflexiones acerca de los destinos de la raza, diciéndole: —Es que no somos sinceros los hombres.—

Permítanme ustedes la inmodestia de esta relación de una frase personal con la anécdota histórica porque ambas referencias me dan el tema y la base de esta disertación. Librementemente veraces y sinceros hemos de ser los hombres.

Voy a hacerles un poco de crónica del llamado teatro nacional, y como actor encargado de un papel, no del todo despreciable, en esta comedia que se viene representando desde hace algunos años, tendré que rela-

cionar mi actuación con la actuación ajena y bien puede que en cierto momento salga favorecido del parangón.

No lo achaquen ustedes a petulancia, si así resulta, porque si tengo vanidad, mi vanidad es honesta.

¡El teatro nacional! Esto de teatro nacional, señores míos, es una brillante sofisticación. El teatro no tiene bandera. Es universal, es humano. A nadie se le ha ocurrido hasta la fecha hablar del teatro nacional inglés o francés, o italiano, aunque todos hablemos del inglés Shakespeare o del francés Molière, o del italiano Goldoni.

Es además pretencioso e inmodesto creer en una posible autonomía literaria cuando aun estamos por definirnos étnica y socialmente y empezando por Pero Grullo, el conferenciante inclusive, todo tenemos dichas y sabidas las razones, singularización y caracterización de una literatura.

Teatro regional argentino, sería la definición exacta, justa y modesta de nuestra producción escénica y hacer teatro en el amplio y verdadero concepto, la aspiración individual de quienes sientan inclinaciones por esa forma de exteriorizar el pensamiento.

¿Cómo nació el teatro nacional? (Menester es llamarlo de algún modo).

De Labardén a nuestros días habíanse producido cosas esporádicas de producción teatral, toda ella ingenua cuando no del todo inferior, servil en la forma y vacua en la esencia.

Pero sobrevino una familia de saltimbanquis, esa ilustre familia de los Podestá, la misma que en esta fecha se ha construido ya los cimientos del monumento que ha de levantarle la gratitud artística de nuestros descendientes.

Forzudos atletas unos, vertiginosos trapevistas sus hermanos, blondinas insuperables las niñas de pollera

de tul y rostros precozmente tristes y pintarrajeados; descoyuntados, pulposos y fofos hombres boas, clowns de risa dolorosa y de precario ingenio, ecúyeres y mala-baristas, el eterno, el gitanesco trashumante clam de infelices **struggle for lifers** que todos hemos visto, admirado y compadecido.

Esa familia dió el empuje inicial a nuestro teatro. Ustedes lo recordarán. Hacían furor entonces los nunca bien condenados dramas policiales de Gutiérrez.

Juan Moreira, con perdón de Unanumo que lo coloca, no sé bien en qué orden, junto al "Facundo" de Sarmiento y a las arengas de Don Bartolo; Juan Moreira despertaba los instintos regresivos adormecidos en el alma popular y el mejor economista de aquellos acróbatas tuvo la acertada de utilizarlo para su negocio de toldo y candil.

La pantomima del oso y el centinela, con los veji-gazos finales a son de murga, fué sustituida por "el perseguido del juez" y "el entenaio de esta tierra".

El chiripá y la melena y el poncho reemplazaron a la túnica del clown, y el facón homicida fué esgrimido en vez de la inofensiva y sonora tripa que provocara nuestra risa inocente al final de las pruebas.

Eran mimos más o menos expresivos. No hablaban aún, pero ya empezaban a hacer daño. ¿Quién no se sintió Moreira después de haber visto despanzurrar a Sardetti, a puñalada por cada mil pesos? "Pelear a la partida" llegó a ser en cierto momento un sueño, sino una realidad de las aspiraciones instintivas populares y quién sabe si muchos de nosotros podemos considerarnos indemnes de la travesura juvenil de encajarnos con el facón de palo, tantas puñaladas como diera Moreira a milicos, alcaldes y comisarios.

Luego hablaron. Soy testigo de la evolución. "Che, vos hacés de alcalde y yo, que soy Moreira, vengo y te

digo: "Está bien, amigo. Ya le llegará su turno. ¡Le viá'dar más puñaladas!... Y vos me decís: "Que lo metan al cepo".

Después escribieron eso mismo que se decían, y edificaron junto a la pista un pequeño escenario. Quedaba erigido el teatro de la fechoría y el crimen, como idea, y el mal gusto, como forma.

Apareció Vicenta y dijo: ¡Matame, mi Juan, matame! Era la mujer factor dramático que faltaba. Tu- vimos, pues, el primer drama nacional.

Después... Cuellos, Hormigas Negras, Matacos. No quedó gaucho avieso y asesino y ladrón que no fuera glorificado en nuestra arena nacional.

Pudo quizás aquello, dada su influencia en el alma colectiva, tener una faz ventajosa: la de acentuar el sentimiento de la personalidad despertando rebeldías contra prácticas y procedimientos y organizaciones abusivas. Pero no puedo distraerme en honduras sociológicas y me limitaré a constatar que por ello no desaparecía la nocividad del espectáculo.

Martín Fierro y Santos Vega fueron puestos a contribución, desnaturalizada, por supuesto, la índole moral y artística de ambas obras.

Los saltimbanquis a todo esto aprendían a hablar y a accionar ante el público con pintoresco desenfado, y justo es recordar que de aquel fárrago de insulseces y groserías, surgieron algunas caracterizaciones originales como la del viejo criollo dicharachero y socarrón, único tipo perdurable y simpático de la creación artística nacional. Excluyo por repulsivo, inestético y falso, al famoso Cocoliche que aun pasea su grotesca figura por los actuales escenarios nuestros.

Eliás Regules, Orosmán Moratorio y Martiniano Leguizamón, este último con la pintoresca "Calandria", hicieron obra sana y honesta, llevando un poco de ver-

dad y de poesía al teatro gaucho. A ellos debemos agradecerles la muerte de Moreira, de Cuello, de Hormiga Negra.

Luego se suprimió la pista. El paisano se quedó a pie y fué a hacer sonar las rodajas de su espuela en el tablado de los teatros bonaerenses.

Surgió un híbrido. Y, caso extraordinario de selección, surgió un híbrido de otro híbrido, de la zarzuela española. Hacía furor el género chico. La ciudad se había verbenizado. Un empresario ingenioso pensó que nuestro lunfardo suburbano podía reemplazar con ventaja a los chulos y golfos sevillanos o madrileños y algunos escritores se encargaron de realizar la tarea. Aquí deben aparecer los nombres de Miguel Ocampo, Nemesio Trejo, Argerich, Enrique García Velloso y otros.

Y primero el lunfardo y luego el vigilante, y luego el cartero y el lustra botas y la modista y el masitero, sin olvidar por cierto el impagable cochero de plaza, todos los tipos característicos de la gran metrópoli fueron teatralizados y musicados en escenarios españoles.

Don Martín Coronado, el viejo bardo que había permanecido ajeno a esta evolución, pero que había escrito obras teatrales vaciando su estro en los moldes viejos del teatro español, entregó entonces su "Piedra de Escándalo" a los Podestá, que vegetaban un tanto olvidados. El gran éxito de esa obra devolvió la atención del público y de los aficionados a los cómicos fundadores. Las costumbres camperas volvieron a reinar. Surgieron obras y autores en abundancia.

Escribir para el teatro comenzó a ser un **modus vendi**. Como se pagaba poco, se producía mucho. Y malo. Se escribían costumbres desconocidas. Un rancho de paja y terrón por decorado, por lenguaje característico unos cuantos "canejos" y "ahijunas" cuando no expre-

siones de la jerga lunfarda porteña, con pasiones y sentimientos de importación teatral.

Con esos elementos se fabricaba una obra nacional. El público, a falta de cosa mejor y más verídica, amparaba y protegía esos bodrios con estimulante complacencia.

"M'hijo el dotor", reflejando costumbres vividas produjo una revolución. Su éxito estrepitoso se debe a la verdad y la sinceridad con que fué escrita la obra. El público lo comprendió así y compensó mi labor con las ovaciones más grandes que haya recibido en mi carrera artística. Inolvidables ovaciones, que marcaron el rumbo definitivo de mis aspiraciones, encarrilaron mis actividades intelectuales malgastadas hasta entonces en tanteos estériles en el periodismo y me proporcionaron pan para alimentarme, estímulo para luchar, y hasta ¿por qué no confesarlo? hasta una compañera que alegra mi vida y comparte mis insomnios.

¡Ah el teatro criollo, las escenas campesinas!

El público no toleró más paisanos declamadores ni más costumbres falsificadas. Dénme verdad como esa y las aplaudiré.

Se escribió muy poco más en ese género. Se empezó entonces a hacer teatro; ideas o teatro, formaron mayor o menor éxito; pero con positiva probidad artística.

Y cuando estábamos en eso, nos resultó que los intérpretes se habían quedado atrás, y que el teatro nacional, cuyos cimientos dicen haber echado los trashumantes gigantescos **strugle for lifers** de toldo y candil, no estaba fundado aún.

A lo sumo podía concedérseles el mérito de haber servido de pretexto para que los Payró, los Florencio Sánchez, los Leguizamón, los Coronado, abordaran con éxito una mayor forma literaria.

INDICE



CARTAS DE UN FLOJO

	Pág.
¡Orientales y basta!	7
No creo en ustedes	13
Idolos gauchos	17

EL CAUDILLAJE CRIMINAL EN SUD AMERICA

	Pág.
Joao Francisco	22
El degüello	25
Las revoluciones	29
El caudillo	33
El campamento de Caty	37
En resumen	40

EL TEATRO NACIONAL

El teatro nacional	42
--------------------------	----